

FRANCISCO VEIGA

# Kosovo en 1998: el camino hacia la guerra

*Parálisis de iniciativas diplomáticas y competencias entre EE UU y la Unión Europea marcaron el camino hacia la guerra de la OTAN contra Serbia. Por otra parte, hubo tensiones, especialmente centradas en Albania, alrededor del Ejército de Liberación de Kosovo (UÇK). Estos fueron, entre otros factores, los que provocaron la crisis hacia enero de 1999. La falta de diplomacia por un lado, la radicalización de una parte de la población albanesa kosovar por otra, condujeron a las amenazas de la OTAN, al frustrado acuerdo de Rambouillet y, al final, a la guerra.*

Francisco Veiga es profesor de Historia de Europa Oriental, Universidad Autónoma de Barcelona.

Desde el estallido de las primeras guerras de secesión yugoslavas (la de Eslovenia y la de Croacia) el problema kosovar había quedado arrinconado a ojos de las cancillerías occidentales que se esforzaban por encontrar soluciones a las crisis. Mientras tanto, en Kosovo, los albaneses se resistían a la opresión serbia a su manera. Practicaban la resistencia pasiva, creaban su propio Estado paralelo y semiclandestino y sobre todo, esperaban pacientemente el día en el que las potencias occidentales terminarían por fijarse en ellos, intervendrían y organizarían para ellos un protectorado internacional. Ese era al menos el argumento que repetía incansablemente su líder de entonces, el moderado Ibrahim Rugova. Por desgracia, las grandes potencias sólo pretendían pasar de puntillas sobre el problema kosovar.

La situación quedó bien clara a partir de 1995 en conexión con la recién terminada guerra de Bosnia. Primero resultó que los acuerdos de Dayton que concluyeron esa contienda, reconocieron indirectamente las fronteras de la nueva Yugoslavia, y a Kosovo dentro de ellas. La esperada ayuda de las grandes potencias occidentales nunca llegó, y Rugova comenzó a perder argumentos políticos para continuar con su estrategia de resistir y esperar. Apareció un nuevo líder, encarnado en Adem Demaçi, un hombre que parecía apostar por una salida más posibilista: Kosovo debería obtener el estatuto de república, en igualdad de condiciones

con Serbia y Montenegro, y juntas las tres constituir una nueva entidad estatal federal, que él denominó *Balkania*. Pero Demaçi era un político con sombras e inclinado a las afirmaciones imprecisas y poco meditadas. Logró articular sus propias formaciones políticas, pero con eso sólo contribuyó a dividir el otrora frente unido de los albaneses kosovares sin imponerse él en lugar de Rugova.

Mientras todo esto ocurría, desde Belgrado se ensayaba la opción desarrollista. Se trataba de conseguir las suficientes inversiones para relanzar los recursos económicos de la zona, que es donde radica parte del interés real de los serbios por Kosovo: desde las minas de Trepca a los vinos pasando por algunas industrias locales. Para ello se contaba con el apoyo de algunos viejos patriarcas de los clanes y de políticos "colaboracionistas" albaneses. Pero esa posibilidad se hundió bien pronto, víctima de la falta de inversiones extranjeras, y mientras tanto el régimen serbio continuó tozudamente cerrado a las concesiones autonómicas, como era habitual desde 1989.

Por si faltara algo, a partir de marzo de 1997, cuando se desintegró espectacularmente el vecino Estado albanés, miles de armas fueron robadas de los cuarteles y parte de esos alijos pasaron la frontera en dirección a Kosovo. Con ellos se rearmó el UÇK (*Udhëtarët e Çlirimtarëve të Kosovës*) o Ejército de Liberación de Kosovo, grupo armado independentista y de tendencias marxistas-leninistas, que comenzó a cosechar simpatías entre un número creciente de albaneses de Kosovo.<sup>1</sup> En el invierno de 1997 el UÇK dio un paso más, planteando una estrategia de "territorios liberados" en la región de Drenica y en torno al pueblo de Srbica (Skennderaj, en albanés), algo impensable sólo un año antes. Por otra parte, transformando en "territorio liberado" la región de Drenica, el UÇK buscaba asegurarse, a comienzos de 1998, el control de un territorio en el que instalar algún tipo de administración propia, con lo cual, además, se conjuraba la catalogación internacional del grupo como "terrorista". La operación estaba dirigida contra las autoridades serbias, pero también contra Ibrahim Rugova y el dominio político del LDK (Liga Democrática de Kosovo) entre los albaneses de Kosovo.

El objetivo estuvo a punto de lograrse a fines de noviembre, cuando la policía serbia se retiró de Drenica. Pero en marzo de 1998 regresó con intención de recuperar el control perdido. Las fuerzas de seguridad serbias lograron aislar al núcleo dirigente de una facción guerrillera en Drenica. Pero al desencadenarse el asalto contra las aldeas donde se ocultaban se produjo una matanza entre los guerrilleros pero también entre sus familias y la población civil en general. En total, ochenta muertos.

### **La ofensiva diplomática occidental**

Era evidente que había comenzado la guerra en Kosovo y por ello las grandes potencias decidieron intervenir en la minúscula región. Esa primera fase fue más bien cauta y se prolongó hasta fines de octubre. Existían varias explicaciones para ello. De entrada, la situación en Bosnia recomendaba prudencia. Las poten-

---

<sup>1</sup> Hasta el momento, el mejor artículo sobre el UÇK es: Chris Hedges, "Kosovo's Next Masters", en: *Foreign Affairs* mayo/junio 1999, vol. 78, nº 3.

cias intervinientes no lograban que avanzara apenas el proceso de integración. En la Conferencia para el Proceso de Aplicación de la Paz, celebrado en Bonn los días 9 y 10 de diciembre de 1997, se puso en marcha una estrategia para desactivar a las fuerzas más radicales. Para ello se apostó a fondo por Biljana Plavsic, la moderada presidenta de la entidad serbobosnia (Republika Srpska) y por su primer ministro, el socialdemócrata Milorad Dodik. Paralelamente, el Alto Representante Internacional, Carlos Westendorp, recibió luz verde para llenar los vacíos legales e institucionales, así como para erigir mediante decreto las instituciones e infraestructuras económicas de la nueva república.

La situación en Bosnia proyectaba su larga sombra sobre la vecina crisis de Kosovo. Ésta constituía un nuevo y desconcertante viraje en la política de las grandes potencias hacia los restos de la ex Yugoslavia. En 1991 se había favorecido la secesión de las repúblicas argumentando que los pueblos de la Yugoslavia federal no podían vivir juntos. Entre 1992 y 1995 se había insistido en conservar juntos a los pueblos de Bosnia que habían guerreado ferozmente entre sí, a fin de mantener el carácter interétnico de la república. El reconocimiento de la independencia kosovar suponía volver a aplicar el criterio de la “separación necesaria” propio de 1990-91 y la demostración de que occidente no poseía un criterio firme ante las crisis balcánicas.<sup>2</sup>

Un segundo problema era que la crisis de Kosovo obligaba a negociar al mismo tiempo y poniendo a igual nivel a una entidad estatal (el Estado yugoslavo) con otra paraestatal (los políticos albaneses de Kosovo cuando éste aún no era un país independiente). Peor aún: el bando albanos kosovar estaba dividido entre los moderados de la LDK, liderados por Rugova, y el UÇK. Problema adicional pero nada desdeñable era que el grupo guerrillero no contaba con una cúpula clara de mando. Cuando durante las arduas negociaciones de verano el mediador norteamericano Richard Holbrooke viajó al pueblo de Junik, en manos del UÇK, sólo pudo hablar con dos personajes que no eran los jefes de alto nivel del grupo guerrillero. Por si faltara poco, una fracción del UÇK cometió el error de declarar públicamente su objetivo de crear la Gran Albania incluyendo en ella a la población albanesa de Macedonia. Eso suponía la práctica destrucción de la república más joven de Europa y piedra angular de la estrategia occidental en los Balcanes. Todo ello venía convenientemente lastrado por los recelos entre diplomáticos occidentales y europeos. Después de lo ocurrido en Dayton, los europeos deseaban evitar un nuevo y fulgurante triunfo de la arrolladora diplomacia estadounidense. Por eso fue contemplada con escepticismo y hasta hostilidad la hazaña del mediador Richard Holbrooke, que en mayo logró forzar una entrevista entre el presidente yugoslavo Milosevic y el líder albanés Rugova.

## **La fase final**

Ya entrado el verano, la parálisis de las iniciativas diplomáticas occidentales era patente. Y a partir de entonces, la atención de las cancillerías occidentales comen-

*La situación  
en Bosnia  
proyectaba su  
larga sombra  
sobre la  
vecina crisis  
de Kosovo.*

<sup>2</sup> *El País*, 5 de octubre de 1998; vid. Pág. 12, entrevista con Ralf Dahrendorf, titulada, significativamente: “No tenemos ni idea de lo que queremos en los Balcanes”.

zó a ceder centrándose en otros problemas. Los medios de comunicación hablaban de los abusos cometidos por las fuerzas de seguridad serbia, pero era evidente que las potencias occidentales miraban hacia otro lado. Esta situación parece haber formado parte de alguna forma de pacto tácito (sino más franco y directo) con Milosevic: los serbios se encargarían de liquidar al UÇK y luego los occidentales y los rusos y serbios negociarían una salida política con el único interlocutor válido. Una condición importante: debería restringirse el flujo de refugiados hacia los países vecinos.

A lo largo de julio y agosto quedó patente que las fuerzas serbias estaban terminando militarmente con el UÇK. Pero mientras eso sucedía, la situación política se complicaba, en lugar de aclararse. En Albania, la policía local, con indicaciones y apoyo de la CIA, arrestó algunos integristas islámicos egipcios que más tarde enviaron extraditados a su país. La operación le costó a EE UU una sangrienta doble represalia contra algunas de sus legaciones en Nairobi y Dar es-Salaam.

Por si fuera poco, el 14 de septiembre tuvieron lugar en Tirana, Albania, peligrosas algaradas callejeras protagonizadas por los seguidores del ex presidente albanés Sali Berisha y su Partido Democrático.<sup>3</sup> En ellas, los manifestantes, armados, recibieron apoyo de un grupo armado kosovar que no era el UÇK, sino las FARK (Fuerzas Armadas de la República de Kosovo). Estas unidades dependían del denominado gobierno albano-kosovar en el exilio, encabezado por Bukoshi y cuyo presidente era Rugova. Durante el mes de junio, se había producido un intento de control del UÇK por parte del gobierno de Bukoshi y de su ministro de Información, Xhafer Shatri, a través de catorce oficiales de las FARK enviados a Kosovo. Pero el plan terminó en un desastre y de paso implicó directamente a políticos de Tirana en el embrollo kosovar. Así, el apoyo al UÇK provenía ahora de sectores del Partido Socialista albanés, mientras que el derechista Berisha suministraba lo que podía a los combatientes de las FARK desde su finca en la frontera del Norte de Albania. La situación era cada vez más alarmante porque se estaba desbordando desde Kosovo y estaba contagiando a la propia política albanesa.

Poco tiempo después comenzó lo que entonces parecía una extraña cadena de asesinatos y atentados. El 17 de septiembre, el UÇK pronunció la condena a muerte de Ahmed Krasniqi y algunos otros políticos del Gobierno albano-kosovar en el exilio y del entorno de Rugova. No fue una sentencia explícita pero sí un comunicado en el que se amenazaba que "ese tipo de gente" pagaría algún día por "el daño que han causado a la nación". El día 20, el "Servicio Secreto" del UÇK arrestó a 11 miembros de una delegación parlamentaria albano-kosovar en Drenica; el objetivo era intimidarles. Al día siguiente, el 21 de septiembre, un comando del UÇK asesinó a Krasniqi en Tirana y el día 24 le tocó el turno a Sabri Hamiti, que fue herido en un atentado cometido en Pristina, mientras cientos de personas acudían al funeral de Ahmet Krasniqi.

La situación no era apta para cardiacos y todavía se complicó más desde el flanco bosnio. El 12 y 13 de septiembre tuvieron lugar las elecciones y la decepción fue inmensa: ni Biljana Plavsicni Milorad Dodik habían logrado revalidar sus

---

<sup>3</sup> Hay una explicación interesante en: C. Del Re y Franz Gustincich, "Il puzzle di Tirana", *Limes*, nº 3/1998, pp. 101-115.

mandatos. En su lugar los electores escogieron a Nikola Poplasen para la presidencia de la Republika Srpska y del socialista Zivko Radisic para la federal. La prensa occidental entonó algunas jeremiadas o pasó de puntillas sobre la cuestión, pero el problema básico quedó bien a la vista: de nada había servido el control de la propaganda electoral por parte de la OSCE, las presiones de la SFOR (fuerzas de la OTAN en Bosnia), las apuestas occidentales por los candidatos más democráticos y todo lo que se quiera. Por parte de las potencias occidentales había quedado de manifiesto el error que suponía reducir toda solución política de los conflictos balcánicos al mero intercambio de las figuras gobernantes, sin tener en cuenta el sentir de las poblaciones que gobernaban.

En septiembre, las potencias occidentales, encabezadas por los estadounidenses, regresaron a Kosovo. Ya el día 24 la OTAN envió un ultimátum a Belgrado para que detuviera sus acciones militares o se enfrentara a represalias aéreas. Pocos días más tarde se publicaban las oportunas fotografías de una masacre de civiles, acción que presumiblemente habían cometido las fuerzas de seguridad serbias. El revuelo intervencionista creció con apelaciones al Consejo de Seguridad. Pero a lo largo de octubre la implicación directa de la OTAN subió de tono —aunque con las reticencias de varios países miembros— mientras el enviado especial de EE UU, Richard Holbrooke, intentaba contra reloj llegar a un acuerdo con Milosevic. Por fin, el 27 de octubre, con los aviones de la Alianza a punto de despegar, las fuerzas de seguridad serbias comenzaron a evacuar Kosovo y se dio luz verde al proceso negociador.

El alivio duró poco. Los combates entre las tropas serbias y las fuerzas del UÇK se reanudaron con violencia creciente y en diciembre quedó claro que la guerra había vuelto a prender en Kosovo. Todos los protagonistas estaban crecientemente nerviosos. La OTAN estableció un contingente militar en Macedonia, conocido habitualmente como Fuerza de Extracción, destinado a evacuar de Kosovo a los observadores de la OSCE que intentaban evitar los enfrentamientos. Pero la iniciativa de la Alianza interfirió en la política macedonia, pues se originó en pleno periodo electoral y puso en aprietos al nuevo ejecutivo que debió acceder al proyecto contradiciendo sus propias promesas electorales.

El año terminó con negros augurios. Estaba cada vez más claro que tanto serbios como albaneses no estaban cansados de guerra y creían que podrían obtener más por las armas que sobre la base de la negociación. La desgana entre las potencias occidentales era patente: nuevas intervenciones y nuevos protectorados en regiones de confusos conflictos significaban hundirse cada vez más en la marisma balcánica y hacer méritos para cometer errores y acumular desprestigio. En el alto mando de la OTAN existía la clara conciencia de que una nueva intervención militar en los Balcanes era muy arriesgada porque ya lo había sido la llevada a cabo en Bosnia. En medio de esas incertidumbres tuvo lugar, ya en enero de 1999 la matanza de Racak: 45 albaneses fueron encontrados muertos, presumiblemente ejecutados por las fuerzas de seguridad serbias. Aunque existían dudas sobre la verdadera entidad del hecho, y un equipo de forenses finlandeses fuera autorizado por las autoridades serbias a investigarlo, el suceso marcó un paso más en la escalada intervencionista de la OTAN. Comenzaba un nuevo ciclo que llevaría a las conversaciones de Rambouillet y a una nueva fase en el drama kosovar.

*En diciembre  
quedó claro  
que la guerra  
había vuelto a  
prender en  
Kosovo.*